



LA SENDA OSCURA



ANA PERIS DE ELENA
JUAN JOSÉ PEIRELLANOS

© La Senda Oscura
© Ana Peris de Elena
© Juan José Peired Llanos

© Portada: Carolina Bensler

Corrección: Sergio R. Alarte (www.kharmedia.es)
Maquetación y diseño: Kharmedia (www.kharmedia.es)

Primera edición: Abril 2016

© Kelonia Editorial 2016
Apartado de correos 56.
46133 - Meliana (Valencia)
kelonia.editorial@gmail.com
www.kelonia-EDITORIAL.COM

ISBN: 978-84-944802-7-0
Depósito legal: V-XXX-2016

LA
SENDA
OSCURA

ANA PERIS DE ELENA
JUAN JOSÉ PEIRELLANOS

PRESENTACIÓN

POR

DAVID MATEO

El *urban fantasy* se ha puesto de moda. Los yanquis, predispuestos siempre a etiquetarlo todo, han añadido unos cuantos elementos descriptivos a este término ya de por sí lioso. Creo que la nomenclatura exacta para definir este fenómeno de masas sería: *Urban Fantasy and Paranormal Romance...* o algo así. Tampoco me hagan mucho caso. Pero si me lo permiten, a partir de ahora vamos a rebautizarlo como: fantasía urbana romántica. Suena más nuestro, ¿verdad?

Nos encontramos ante un género que no es exclusivamente juvenil, sin embargo sí que es uno de los preferidos por los jóvenes. Lo mismo sucede con *La Senda Oscura*, un libro para todos los públicos, que destaca por su alto componente mágico, aventurero y fantástico, y por unos personajes protagonistas que conectarán rápidamente con esas almas indecisas que todavía no ven claro el signo de su existencia.

Si algo me apasiona de la literatura juvenil es que siempre está en movimiento. Al contrario de otros géneros demasiado estancos, los libros destinados a los adolescentes y a los más jóvenes se reinventan continuamente. Nuevas fórmulas, nuevos conceptos narrativos, nuevas formas de abordar otros subgéneros de la ciencia ficción como el *steampunk*, la distopía o el *dark fantasy*. Es como si estuviéramos viviendo un renacimiento literario constante, semejante al que se produjo en la segunda mitad del siglo XX, pero en un tiempo en el que nada evoluciona. En el que la cultura pop se define como un *revival* incesante de conceptos ya pasados.

Nada de eso ocurre en la literatura para jóvenes. Los referentes prevalecen... siempre han prevalecido. Los inventaron los griegos, los celtas, los normandos; se llenaron de supersticiones en la Edad Media y de sombras embriagadas de romanticismo en la época victoriana. Tolkien, Stoker, Lovecraft o Verne los refinaron, aportando detalles modernos y trascendentes. Y, finalmente, George R. R. Martin, Sanderson, King o

Rowling los pusieron al día. Todo ha cambiado para quedarse igual que al principio. No obstante, en la literatura juvenil, esa sensación de cambio se acentúa y se adapta. Desde la inolvidable *Historia interminable* hasta *Ready player one* parece haber transcurrido una vida por la cantidad de libros referenciales que han pasado por nuestras manos, pero lo cierto es que estamos hablando de apenas tres décadas. Y si echamos la mirada atrás y nos fijamos en los últimos años, esa evolución se vuelve vertiginosa por títulos como *Harry Potter*, *Los juegos del hambre*, *El corredor del laberinto*, *Crepúsculo* o *Memorias de Idhún* de nuestra Laura Gallego.

Tal vez, por esa capacidad de cambio de las obras o por la imaginación desbordante de sus autores, el género fantástico ha abierto tanto su abanico de lectores y es consumido masivamente por jóvenes y no tan jóvenes. Basta echar un vistazo en una gran librería, para comprobar la cantidad de títulos y de editoriales especializadas que arrastra este fenómeno social.

Pero dejémosnos de divagar y vayamos a lo que realmente importa ahora mismo: *La Senda Oscura* de Ana Peris y Juan José Peired. A Ana la conozco desde hace más de una década, cuando publiqué mi primer libro. Y si alguien me preguntara cómo definirla, no tendría la menor duda: entusiasta, efervescente... mágica. Ana, como buena valenciana, es una sonora *masclatá* de arrebatos creativos. Transmite pasión cuando habla de la Tierra Media o cuando participa en coloquios sobre Tolkien. Y si no me creéis, echadle un vistazo al relato “El resplandor del acero” con el que estuvo a punto de conseguir el Premio Gandalf. ¡Su capacidad inventiva no tiene límites!

Cuando mis amigos de Kelonia me pidieron un prólogo para este libro, sentí un poco de vértigo. Quiero muchísimo a Ana y guardo un gran respeto por Juan José. Aunque parezca lo contrario en los días que vivimos, donde cualquiera es capaz de sacarse una novela de la manga, escribir un libro y que tenga la calidad suficiente para aparecer en un sello como Kelonia —que mima tanto sus productos— podría definirse como una hazaña más propia de Conan el cimmerico o Elric de Melniboné. Así que, tras el encargo, sentí esa comezón impertinente en el estómago porque me enfrentaba a una novela integrada en un género que desconozco por completo, la ya citada fantasía urbana romántica, y porque adquiriría una responsabilidad hacia dos amigos, en este caso los autores, y ante ustedes, mis bien apreciados lectores.

No me gusta mentir. Dejé de hacer críticas literarias porque me causaba cierta desazón enfrentarme a un compañero escritor y decirle que su novela no me había gustado. Ante todo, yo también soy autor y sé lo que cuesta escribir un libro... ¡y más un libro de quinientas páginas como el que tienen entre sus manos! Así que cuando me pidieron redactar este prólogo y enfrentarme a una historia con los calificativos «fantasía / romántica» en la etiqueta, las piernas me temblaron un poco y me pregunté si estaba capacitado para transitar ciénagas pantanosas.

Ahora que estoy sentado frente al procesador de texto, tras leer en mi estudio *La Senda Oscura*, solo puedo decir que ha sido una experiencia reconfortante. Ana y Juan José han conseguido lo que ya hicieron J.K. Rowling o China Miéville: poblar un mundo de fantasía desbordante. *La Senda Oscura* traspasa imaginación, magia y maravilla. Los autores logran que te sorprendas con Dana, Jezabel, Joan y Lucas en su búsqueda del *Codex Lapidis*, y llegues a padecer por las artimañas de un villano de nivel como Frederick Leischmann. Nos encontramos ante una historia nada empalagosa repleta de aventuras, romanticismo y mucha, muchísima, magia.

Pero lo mejor es que *La Senda Oscura* va más allá de cualquier historia fantástica escrita por un autor novel. Ana y Juan José han dado en el clavo a la hora de buscar referencias. La mitología de su libro nos arrastra hasta el nazismo y de las entrañas de una época tan perversa arrancan conceptos como la Sociedad Thule, o figuras tan enigmáticas como Nicolás Flamel. Todas esas referencias, todo ese trabajo de documentación, otorgan a esta historia un plus de credibilidad que la hace gigantesca.

Como hemos dicho al principio, la buena fantasía es aquella que escarba en el pasado y aprovecha las fuentes. La buena fantasía juega con los conceptos de la realidad y armoniza mestizajes de muy variados pelajes. La mitología de *La Senda Oscura* ahonda en tratados alquímicos y grimorios olvidados. Y no nos engañemos: esos conceptos siempre son apasionantes.

No quiero entretenerle más. Amigo/a mío, la Senda Oscura se extiende a sus pies. Gire la página, olvídense rápido de este prólogo y empiece a disfrutar de la aventura. Un mundo fantástico está a punto de abrir sus puertas, así que... ¿quién puede resistirse a semejante invitación?

David Mateo

*Ana: A mi abuelo Vidal, mi héroe, y a mi
abuelo José, que se fue demasiado pronto.*

*Juanjo: A mi querida Ana, por colmar de magia
mi vida y aguantar mis desvaríos.*

I

DESAFÍO

«¿Qué es el mal sino el propio bien torturado
por su hambre y por su sed?
Pues cuando el bien siente hambre busca
alimento hasta en las cuevas más oscuras, y cuando
siente sed, se sacia incluso en las aguas estancadas».

Khalil Gibran, *El profeta*.

PRÓLOGO



Aquel día, hasta los cielos parecían llorar por la muerte de Ricardo Valero. Durante todo el día había estado cayendo un chaparrón incesante, empapando las calles de la ciudad y haciendo correr pequeños riachuelos entre los surcos de las aceras. El cielo, negro como la muerte, hacía presagiar muchas horas más de tormenta. Por eso, para la mayoría de los asistentes al funeral fue un alivio poder entrar en la iglesia, librándose así del intenso frío del exterior y de las inclemencias del tiempo.

Pero no para Dana Jiménez. La muchacha, casi una niña todavía con trece años recién cumplidos, había temido aquel momento desde el día anterior, cuando su madre le había comunicado la noticia, y ahora lo odiaba más que nunca, pues significaba la confirmación última de la terrible verdad.

Su abuelo había muerto.

El ataúd, con una ostentosa corona fúnebre encima, se abrió paso con solemnidad entre la multitud. La iglesia estaba llena a rebosar, puesto que Ricardo Valero había sido toda una personalidad, un erudito rico y de buena familia. Entre los asistentes había catedráticos, empresarios e incluso algunos políticos locales.

En medio de tanto boato, nadie se fijaba en la niña rubia que lloraba desconsolada en el banco de la primera fila. Dana sabía que no era correcto, que debía mostrar entereza ante toda aquella gente igual que su madre, que se sentaba muy rígida junto a ella y no mostraba emoción alguna en su pálido rostro, pero no podía evitarlo. No había querido tomar tranquilizantes ni quedarse en casa; aquello habría sido un insulto a la memoria de su querido abuelo.

Él se merecía hasta la última gota de su dolor.

Al pensar en los veranos que había pasado en su mansión de Gandía, en todas las tardes en la biblioteca donde el tiempo volaba sin darse

cuenta entre millares de libros y en todos aquellos cuentos repletos de fantasía y magia que jamás volvería a escuchar, Dana se sentía cada vez más desconsolada y sola. Esa era la palabra: sola. Al perder a su abuelo se sentía como si se hubiera marchado de la Tierra la única persona capaz de comprenderla de verdad.

El sacerdote empezó la misa fúnebre: palabras vacías y ritos mecánicos acerca de un hombre al que no había conocido ni amado. ¿Qué sabía aquel cura sobre su abuelo? ¿Por qué tenía que ser él quien oficiara la ceremonia; él, que hablaba con el tono monótono y cansino de aquel que está haciendo algo repetido un millar de veces hasta vaciarlo de sentido?

Dana miró el ataúd sin poder asimilar aún que él estuviera allí, que estuviera muerto, que jamás volvería a verle... Lanzó un sonoro sollozo y se cubrió la cara con las manos intentando ahogar sus lágrimas. Entre las brumas de su dolor, comenzó a escuchar una música lenta y triste, que se elevaba por encima de la voz del sacerdote y del llanto de algunos asistentes. Venía del primer piso, del órgano situado sobre el enorme portón de entrada principal. Era un réquiem cantado. Dana ignoraba que lo hubieran contratado, pero al fin y al cabo no tenía por qué saber todo lo que la familia había dispuesto para la ceremonia.

Poco a poco la niña dejó de escuchar las palabras del cura, y toda su atención se centró en la música. Era increíblemente triste, pero al mismo tiempo estaba impregnada de una gran belleza. Cantaban en un idioma desconocido que parecía latín. Las voces se fundían en un todo, en un lamento incesante, pero había una que sobresalía por encima de las otras: una voz masculina de increíble potencia y lúgubre belleza, que se imponía sobre todas las demás como señora absoluta del coro.

Con infantil curiosidad, Dana se giró y vio el grupo de sombras oscuras que se agrupaban junto al órgano, a la otra punta de la iglesia. Un apretón en el hombro por parte de su padre la obligó a volverse hacia delante, pero durante el resto del funeral no dejó de escuchar con atención el réquiem. Le parecía algo mucho más hermoso, más emocional, más adecuado para su abuelo que la charla insustancial del sacerdote.

Cuando la celebración tocó a su fin, todos se levantaron, y el ataúd volvió a hacer el camino en sentido inverso, dirigiéndose hacia el que sería su último hogar: el panteón familiar de los Valero, en el cementerio de Valencia. Mientras caminaban, Dana se concentró en la música, que aún sonaba. Y aunque por una parte continuaba aliviándole el corazón, por otra comenzó a producirle escalofríos, sin motivo aparente, a medida que se iban acercando a la puerta.

Cuando estaban a punto de llegar, la niña levantó su cara surcada de lágrimas para contemplar a los cantantes. El eco del canto los envolvía como una bruma espectral. Allí estaban, vestidos con túnicas oscuras, inclinados sobre la barandilla de piedra, viendo pasar a la comitiva fúnebre.

El que parecía dirigir el coro llevaba un colgante dorado cuya forma no podía distinguir con claridad.

Entonces pasaron por debajo del balcón, y el cantante que portaba el colgante se llevó la mano a la cabeza y se descubrió la capucha, dejando a la vista su rostro.

Dana, desde el suelo, estaba mirando un rostro conocido; miraba a Ricardo Valero, su propio abuelo, que la observaba con una expresión indescifrable. Sus ojos, que siempre habían sido de color verde mar, refulgían ahora con un tono amarillo sobrenatural y siniestro.

1



— ¡Dana! ¡Eh, Dana!
Dana se giró. Tras ella, su amiga Jezabel se acercaba a paso ligero.

—Te iba a llamar a la hora de comer. No sabía que ibas a venir hoy a la universidad.

—Teníamos la reunión sobre el proyecto de final de carrera a las nueve. Acabo de terminar.

—Ah, esa reunión. Mi grupo la tuvo el martes. ¿Qué tal ha ido?

—Aburrida —contestó Dana, bostezando.

—Normal. Oye, se te ve cansada.

—No he dormido muy bien —le confesó Dana, restregándose los ojos.

—¿Otra pesadilla?

—¿Cómo lo has adivinado?

—No soy la única medio bruja que hay por aquí, ¿recuerdas? —bromeó Jezabel, apartándose de la cara los rizos oscuros. Se deshizo la coleta para volver a recogerse los mechones que se le habían soltado—. Además, tampoco es que me lo pongas muy difícil. La mitad de tus sueños son pesadillas y cuatro de cada cinco tienen que ver con tu abuelo. ¿No es un poco raro que te ocurran tan a menudo? ¿Cuántos años hace que murió, diez?

—En noviembre hará once años —respondió Dana, desviando la mirada.

—¿Ya has decidido sobre qué vas a hacer el trabajo? —preguntó Jezabel, cambiando de tema ante la incomodidad de su amiga.

—No tengo mucho donde elegir. —Suspiró—. Hay pocas propuestas de Historia Antigua. Egiptología me gusta más, pero me da miedo que la coja todo el mundo; igual acabo escogiendo el de Sumeria y Acadia. Bueno, ¿por qué me andabas buscando?

—Había pensado que podríamos quedar para ir a cenar mañana y luego salir por ahí. Los de siempre, ya sabes: Claudia y Pablo, Antonio, tú y yo. Te apuntas, ¿no?

—¡Claro! ¿Quedamos donde todos los días a la hora de siempre?

—Ajá. Oye, ya que has terminado, ¿podrías llamar tú a Claudia y decírselo? Yo tengo clase a las diez. No como tú, suertuda, que solo te queda el proyecto...

—Si no te hubieras pasado medio curso de fiesta, tú también habrías aprobado ya todas las asignaturas —se burló Dana en tono amigable.

—Culpable —admitió Jezabel, sonriendo. Miró el reloj—. Mierda, voy a llegar tarde. Mañana nos vemos.

—Hasta luego.

Mientras Jezabel se marchaba a paso ligero, Dana se giró y continuó su camino hacia la salida, al tiempo que revolvía su bolso a la caza y captura del móvil que no parecía querer dejarse encontrar.

Conocía a mucha gente en la facultad de Geografía e Historia de Valencia, pero tenía pocas amistades íntimas a excepción de Jezabel Iranzo y Claudia Ríos. Claudia era su amiga de la infancia; habían ido juntas al colegio, y aunque Dana había decidido estudiar Historia y Claudia Periodismo, se habían esforzado por mantener el contacto. A Jezabel la había conocido en su primer año de carrera, pero la conexión entre ambas había sido instantánea y tan fuerte que a lo largo de los años universitarios su amistad se había hecho firme e inquebrantable, hasta el punto de desplazar a la de Claudia. Al fin y al cabo con Jezabel compartía secretos de los que no podía hablar con su vieja amiga. Todos ellos partían de un interés común: la magia. Poca gente conocía el enorme interés que Dana tenía por el esoterismo y todo lo relacionado con lo paranormal. Jezabel era la única persona con quien se sentía libre para hablar de aquella extraña afición.

«Joder, ¿dónde estará el maldito móvil?».

Rebuscó desesperada en su bolso, pero cada vez estaba más segura de que el móvil no se encontraba allí. Empezó a desesperar; ¿se lo habrían robado? Estaba segura de no haber perdido de vista el bolso durante la conferencia, pero aun así...

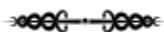
En ese momento el mundo desapareció delante de sus ojos por un breve instante, y una nítida imagen se dibujó ante ella: su móvil, tirado sobre la alfombrilla del coche, justo debajo del asiento del conductor.

Un segundo más tarde, la visión desapareció y Dana continuó caminando. No estaba sorprendida; no era la primera vez que le pasaba. Esa era una de las razones de su exacerbado interés por el ocultismo y su principal punto de unión con Jezabel, aunque ella se inclinaba más hacia todo lo relacionado con el espiritismo y los fantasmas. La otra era el recuerdo de su abuelo. La pesadilla de la noche anterior solo había sido una más entre tantas, todas con un nexo común; la relación de Ricardo

Valero con algo extraño y misterioso. Para su desesperación, los recuerdos de su infancia se habían ido volviendo cada vez más nebulosos a medida que los años pasaban, y eso era algo que no soportaba, porque si algo detestaba era la posibilidad de olvidar a su abuelo.

Había leído todo lo que había podido encontrar acerca de la clarividencia y la precognición, al principio sola y después ayudada por Jezabel, pero jamás había conseguido tener un presentimiento de forma consciente. Los libros de estilo *new age* que había comprado en su adolescencia y que prometían dar a conocer técnicas efectivas para despertar las capacidades psíquicas hacía años que se llenaban de polvo en un rincón. Las visiones venían cuando querían venir; a veces pasaban meses sin que tuviera ninguna, hasta que un buen día estaba estudiando una asignatura y de repente sentía la compulsión de repasar, una por una, todas las preguntas que al día siguiente se encontraría en el examen.

La joven salió del edificio y continuó andando, dejando atrás la facultad de Historia, hasta que llegó al lugar donde tenía estacionado su coche. Nada más abrir la puerta, se agachó junto al asiento delantero, extendió el brazo y recuperó el móvil. Mientras dejaba su bolso en el asiento del copiloto, marcó el número de Claudia.



—¡Mierda, qué frío hace!

Claudia se arrebujó en su cazadora de cuero negro y se pegó contra la pared, intentando ponerse fuera del alcance del viento.

—Tampoco es para tanto —objetó Dana—. Si estamos a mediados de septiembre... solo es un poco de aire.

—¿Un poco de aire? —gruñó Claudia—. Voy a coger una pulmonía. Lo normal es que en este mes todavía haga calor.

Su cabello, negro y corto en una media melena, se agitaba movido por la brisa. Pablo, su novio, le rodeó los hombros con el brazo y la estrechó contra sí.

—Me gusta el corsé que llevas, Dana —dijo su amiga—. ¿Es nuevo?

—Sí —contestó ella bajando la vista hacia el corsé negro, bordado de rosas también negras—. Lo compré en una web que me enseñó Jezabel.

Claudia miró su reloj.

—Hablando de Jezabel, ¿dónde demonios se habrá metido?

—Ha perdido el metro —respondió Dana, casi sin darse cuenta.

—¿Y tú cómo lo sabes? —inquirió Antonio. Era amigo de Pablo y a veces salía con ellos. A Dana no le agradaba mucho; aprovechaba cualquier excusa para tontear con ella, y dado que no lo correspondía, le parecía un pesado.

—¿Eh? Ah, es una suposición; siempre sale de casa con el tiempo justo.

Fingió quedarse absorta contemplando un escaparate. El cristal le mostró su propio reflejo: una chica bajita pero bien proporcionada, de rostro ovalado y grandes ojos verdes perfilados en negro. La piel blanca y la lisa melena rubia, herencia genética de su abuela francesa, parecían aún más claras de lo habitual en contraste con las ropas negras. Dana desvió la mirada del cristal al oír llegar a Jezabel, que venía a paso ligero.

—Lo siento —dijo sin resuello cuando llegó junto a ellos—. He perdido el metro de las ocho y veinte. ¿A dónde vamos a cenar esta noche?

—¿Al chino? —sugirió Claudia—. Nos pilla muy cerca de aquí.

—Llevamos tres semanas seguidas yendo al chino —se quejó Dana—. ¿Para cuándo un japonés?

—En los chinos también hay *sushi*.

—¡A esa porquería no se le puede llamar *sushi*! —protestó Dana, pero siguió a los demás.

En el restaurante pidieron lo de siempre: arroz tres delicias, cerdo agridulce, tallarines y pollo con almendras. Mientras se servían, Claudia anunció que ya había decidido cuál iba a ser el tema de su trabajo de fin de carrera. Dana se atragantó con el pollo al escucharla.

—¿Los programas del corazón? —Se asombró.

—He pensado que sería interesante analizarlos en profundidad —dijo Claudia con voz animada—. La razón por la cual tienen tanto éxito en la sociedad, y el futuro de ese tipo de periodismo en nuestro país.

—Eso no es periodismo, eso son cuatro gilipollas gritando en un plató.

—Pero la gente lo ve —insistió Claudia—. No se puede dar la espalda a la realidad social, aunque los programas sean de calidad cuestionable.

Dana no contestó.

Después de cenar solían dirigirse a alguno de los bares habituales para tomar una copa y hacer tiempo hasta que llegara la hora punta. Pasaban de las doce y media cuando Dana consultó su reloj.

—Ya va siendo hora —dijo—. ¿A dónde queréis que vayamos esta noche? ¿Por el Carmen? Es lo que queda más cerca...

Pablo soltó una risita.

—Se me ha ocurrido una idea mejor —dijo. Sacó una botella de vodka de la mochila que llevaba consigo—. ¡Botellón en el cementerio!

El cementerio municipal de Valencia estaba rodeado por un muro de piedra de seis metros con varios accesos de entrada. A Dana le parecía una tontería ir a beber allí cuando había bares en el Carmen donde pinchaban buena música *heavy*, aunque Pablo y Antonio creían que era lo más siniestro y audaz del mundo. Hacía tiempo que aquel tipo de travesuras habían dejado de divertirla; le parecían chiquilladas de adolescente. Pero no tenía más opción que ir si a sus amigos les gustaba.

Bordearon la fachada este del camposanto y torcieron por una esquina, introduciéndose por un camino de tierra. La cara norte del cementerio era

la más solitaria y un amplio descampado la separaba de la carretera; era el lugar ideal para aparcar sin ser vistos. Tras dejar el coche en una zona despejada tras unos matorrales, apagaron el motor y sacaron las botellas. Por los altavoces del coche resonaba la música de Cradle of Filth, el grupo favorito de Pablo.

—¡Ay, mierda! —exclamó Jezabel de repente—. ¡Me he manchado el pantalón!

—¿Solo un vodka y ya te tiemblan las manos? —se burló Antonio, que estaba en la parte trasera junto a Jezabel y Dana.

—No tiene gracia —gritó Jezabel—. Es una mancha enorme. ¿Tienes un pañuelo, Dana?

—Sí, pero no te va a servir de mucho —contestó esta, sacando un paquete del bolso.

De repente, Pablo apagó la luz y el sonido de los altavoces.

—¡Agachaos! —exclamó.

Todos obedecieron, sorprendidos. Poco después, Dana vio la luz de unos faros barriendo las ventanillas por encima de sus cabezas.

—¿Qué coño pasa? —masculló Claudia.

—Creo que es un coche patrulla —susurró Pablo.

—¿La Policía? —dijo Dana, levantándose—. ¡Qué tontería! Si no tiene luces azules. Además, no estamos haciendo nada malo...

Al ver que abría los ojos con sorpresa, sus amigos se extrañaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Antonio—. ¿Qué hacen?

—Es un todoterreno negro, hay varios tíos dentro. Se han parado delante de la verja del cementerio y están bajando del coche.

Jezabel levantó la cabeza para mirar también. Las dos amigas observaron cómo del asiento del copiloto salía una persona. Se trataba de un hombre alto, cubierto por una gabardina gris. Lo veían de espaldas; tenía el cabello oscuro y peinado hacia atrás. Otro hombre, vestido con jersey y pantalones color azul oscuro, aguardaba a su lado. Ambos estaban de pie ante la verja sobre cuyo dintel se leían las palabras “Cementerio Municipal”. Las luces del vehículo alumbraban las largas filas de nichos al otro lado.

El hombre de la gabardina gris se colocó frente a la verja cerrada del cementerio. Bajo la potente luz de los faros del coche, Dana y Jezabel vieron cómo el hombre se llevaba una mano al pecho y, con la otra, comenzaba a hacer signos extraños en el aire.

—Ese tío está loco —comentó Jezabel con una risa nerviosa.

—Eso, o es que está adorando a la Diosa Puerta —se burló Dana al ver que el hombre alzaba los dos brazos.

Pero la risa se les congeló en los labios un instante después, cuando la pesada verja de hierro se abrió con un suave chasquido. Mientras el hombre se mantenía erguido, con los brazos levantados, las puertas continuaron abriéndose lentamente hasta que se quedaron de par en par.

Antonio y Pablo, curiosos, levantaron también la cabeza.

—Se... se ha abierto sola —balbuceó Jezabel, atónita.

—¿Has oído hablar de los mandos a distancia? —preguntó Pablo con ironía.

—De ninguno que se tenga que activar haciendo gestos extraños con la mano y luego levantando los brazos —gruñó Jezabel.

—Venga, Jeza, no te montes películas. No irás a decir que este tío es Copperfield. ¿O qué crees tú, Dana? Dana...

La chica no respondió. Apenas oía las palabras de Pablo. Toda su atención estaba fija en el sujeto que, tras dejar abiertas las puertas, estaba volviendo a subir al coche. Lo que acababa de presenciar le había provocado un extraño estremecimiento, una sensación que la sacudía por dentro y la dejaba sin habla. Y, lo que era aún más raro, le había hecho pensar en su abuelo.

Mientras el todoterreno se ponía en marcha y cruzaba las puertas del cementerio, Dana tomó una decisión. Abrió la puerta del coche y bajó.

—¿Qué haces? —inquirió Claudia, inquieta.

—Voy a echar un vistazo.

—¡Estás loca!

—¡Eh, espera! —dijo Jezabel, bajando tras su amiga—. ¡Yo también voy!

—Y yo —dijo Antonio de inmediato.

Pablo se giró hacia Claudia.

—Venga, vamos.

—¡Estás como una cabra! —protestó su novia.

—Solo vamos a acercarnos hasta la puerta —dijo Pablo con voz tranquilizadora—. No te preocupes, yo cuidaré de ti.

—Venga, Claudia —le dijo Dana, que estaba a punto de cruzar la calle—. ¿No eres tú la que está estudiando Periodismo? Se supone que un buen periodista tiene que ir en busca de la noticia.

—No creo que eso incluya seguir a unos tipos que se cuelan de madrugada en el cementerio —farfulló Claudia, pero acabó saliendo del coche.

Dana se acercó a la puerta del cementerio. Al momento notó que Antonio se situaba junto a ella. La joven continuó mirando al frente, simulando que no se había dado cuenta. Antonio no era un mal chico, pero al parecer se trataba de una persona incapaz de entender las indirectas. No se daba cuenta de que, sencillamente, ellos dos no pegaban ni con cola. Dana confió en que no le diera por hacerse el caballero protector.

Los cinco amigos llegaron a la puerta del cementerio. Dana se asomó con cuidado y echó un vistazo al interior del camposanto. La oscuridad era absoluta. A ambos lados, las hileras de nichos se perdían en la penumbra. El único sonido que se escuchaba era el murmullo del viento. La joven agudizó la mirada y distinguió un resplandor en uno de los pasillos.

—Ahí —susurró—. Están ahí.

—Ya basta —lloriqueó Claudia—. Ya lo hemos visto, ahora vámonos.

—No seas cobarde —la regañó Dana.

Aquello hizo reaccionar a Antonio.

—Yo voy a ir a mirar —dijo con decisión, y cruzó la verja internándose en la oscuridad.

—Pero ¿a dónde va éste? —masculló Dana—. ¡Vuelve aquí!

El chico no le hizo caso. Dana, tras pensárselo durante un segundo, comenzó a andar tras él seguida por Jezabel.

—No os vayáis —gimió Claudia—. No nos dejéis aquí.

—Esperadnos ahí —les susurró Jezabel—, en seguida volvemos.

Mientras se dirigía hacia los nichos, Dana oyó la voz lejana de Pablo tranquilizando a su novia.

—Venga, no te preocupes. Si quieres, nos volvemos al coche. Estoy contigo, no va a pasar nada...

Dejó de prestarles atención; ya apenas se les oía. Se estaban acercando al pasillo del cual salía la luz. Antonio iba delante, Dana le seguía, y tras ellos caminaba Jezabel. Los tres andaban lentamente, de puntillas, intentando hacer el menor ruido posible.

«¿Qué estará haciendo esa gente en el cementerio a estas horas de la noche?», se preguntó Dana. «¿Y cómo han abierto la puerta?».

El hombre no llevaba ningún mando a distancia, estaba casi segura de ello. Lo había visto gesticular y proyectar los brazos hacia la verja, y esta se había abierto sola. No sabía qué acababa de presenciar, pero estaba segura de que no era natural.

Llegaron hasta el pasillo que formaban las dos hileras de nichos y miraron entre ellas. El todoterreno estaba aparcado a cierta distancia, entre la sexta y la séptima hilera. Tenía los faros encendidos, y Dana pudo distinguir la matrícula: “1919 TGS”. La repitió mentalmente una y otra vez, con objeto de memorizarla.

No parecía que hubiera nadie cerca del coche, pero los tres jóvenes decidieron que era mejor no arriesgarse. En lugar de meterse por el pasillo donde estaba el coche, siguieron andando hasta el próximo, varios metros más allá. Dana calculaba que los extraños sujetos que se habían colado en el cementerio debían de estar a la altura de la séptima hilera, de modo que al llegar a la quinta comenzaron a andar aún con mayor cuidado.

Entonces, se oyó algo extraño, como un murmullo. Se trataba de una voz humana, pero sonaba tan lejana que Dana no pudo distinguir las palabras que pronunciaba. Pocos segundos más tarde, la voz calló y un fuerte crujido resonó en la oscuridad. Caminaron los metros que les quedaban, y al llegar a la séptima hilera se detuvieron y asomaron la cabeza. La escena que Dana vio ante ella la dejó helada. El hombre de la gabardina gris estaba de pie frente a uno de los nichos. La losa que sellaba la pared estaba en el suelo. Del hueco que había dejado, dos hombres jóvenes estaban sacando un ataúd.

«Pero, ¿qué hacen?», se preguntó, muda de la impresión.

Notó cómo Antonio la sujetaba por los hombros. En otro momento le habría molestado que se tomara tantas confianzas, pero estaba demasiado asombrada como para protestar. Ahora veía con claridad al hombre de la gabardina. Era alto, de perfil anguloso, aparentaba unos cuarenta años y tenía un ligero sobrepeso. Un llamativo medallón cuajado de piedras preciosas le colgaba del cuello. Con las manos en los bolsillos, observó impertérrito cómo los dos jóvenes colocaban el ataúd en el suelo y se inclinaban sobre él. Un cuarto hombre, vestido de negro, había abierto la portezuela trasera del vehículo y estaba sacando varios objetos: un saco de tamaño mediano, un cubo, una garrafa con agua...

Entonces los dos jóvenes se pusieron en pie, y al ver lo que hacían, Dana tuvo que usar de todo su valor para no lanzar un grito: habían abierto el ataúd y estaban sacando el cuerpo que había dentro.

«¡Van a robar el cadáver!», pensó horrorizada. «Pero, ¿para qué demonios lo quieren?».

El cuerpo pertenecía a un hombre de mediana edad que llevaba pocos días muerto. Dana observó la piedra que había en el suelo y se dio cuenta de que era una lápida provisional, con el nombre del fallecido grabado toscamente en la superficie.

Los dos jóvenes tomaron el cuerpo, lo envolvieron en una sábana y lo cargaron en la parte trasera del todoterreno. El sujeto de negro cogió la lápida, la puso de nuevo en el sitio y abrió el saco. Mezcló su contenido con agua para hacer cemento.

Dana se estremeció. No podía creer lo que sus ojos estaban viendo. La lápida estaba intacta. No tenía melladura alguna, ni marcas de ningún tipo de...

«Herramientas. ¿Dónde demonios están las herramientas?».

No había ninguna. Ni en el suelo, ni apoyadas en la pared. Y la lápida estaba intacta, como si la hubieran extraído de una pieza.

«Esa lápida estaba fijada con cemento y para extraerla no han usado ningún tipo de herramienta. ¿Cómo lo han hecho?».

Mientras el hombre del gorro negro continuaba haciendo su tarea, paleta en mano, el de la gabardina habló dirigiéndose a los dos jóvenes.

—Vamos —dijo—. Aún queda otro.

Dana, Jezabel y Antonio se apartaron y retrocedieron.

—Joder... —susurró Jezabel—. ¿Habéis visto eso?

—Vámonos de aquí —suplicó Antonio. Su palidez era visible incluso en la oscuridad.

«Ahora ya no te apetece hacerte el héroe, ¿verdad?», pensó Dana.

Ella no quería irse. No sin saber cómo el hombre de la gabardina negra había podido extraer la losa que sellaba la tumba sin usar herramientas. Si aquel tipo estaba haciendo algo sobrenatural, necesitaba verlo. Hizo un gesto a Jezabel.

—Vamos. Ha dicho que les quedaba otro.

—Pero... pero... ¿a dónde vais? —preguntó Antonio, más pálido aún.

—Vuélvete al coche si quieres —le susurró Dana—. Nosotras vamos a ver qué hacen.

—No. No me dejéis aquí —protestó el chico. Tras un instante de duda, las siguió.

Dana se había dejado la chaqueta en el coche de Pablo, no sentía el frío. El corazón le palpitaba con fuerza. Tenía miedo, pero el deseo de ver y el deseo de saber eran más fuertes aún. Volvieron por donde habían ido, se detuvieron a la altura del tercer pasillo y lo cruzaron. Dana iba de puntillas, desesperada por no poder aumentar la velocidad, pero sabía que si iba demasiado rápido aquellos ladrones les descubrirían... ¿y quién sabía lo que podrían hacerles?

Casi al final del pasillo, junto a uno de los nichos, distinguió una corona de flores ya algo secas. La rodeó con cuidado para no tocarlas. Jezabel, tras ella, imitó sus movimientos. Pero cuando ya estaba llegando al borde, oyó algo que le heló la sangre: un crujido de plásticos y hojas secas, seguido del sonido de unos pies al trastabillar.

Dana se giró con sobresalto. Antonio había intentado adelantar a Jezabel para situarse tras ella, y los nervios, las prisas y la oscuridad habían hecho que no viera la corona de flores y tropezara con ella. El joven levantó las manos en un gesto de disculpa.

—Lo siento —bisbiseó.

Dana se quedó en silencio, aguzando el oído. Poco después escuchó cómo un sonido húmedo, el de una paleta de albañil cayendo sobre el cemento fresco, y el haz de luz de una linterna barrió el terreno que había frente al séptimo pasillo.

«Mierda. Si nos quedamos aquí nos van a pillar».

Agarró la mano de Jezabel y, tan rápido como pudieron sin hacer ruido, cruzaron el pasillo de grava donde estaba aparcado el todoterreno hasta la hilera de enfrente. Cuando estuvieron a salvo tras la pared, Dana comenzó a soltar un suspiro de alivio que se cortó en seco al girarse y ver que Antonio seguía quieto al otro lado. Estaba paralizado de miedo.

«Nos van a atrapar por culpa de este imbécil».

Unos pasos resonaron en la gravilla, y desde su escondite Dana vio la luz de la linterna iluminando el pasillo que las separaba de Antonio.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó el hombre.

Dana tragó saliva. El sujeto avanzaba hacia donde había resonado el crujido, y era seguro que las acabaría descubriendo; solo tenía que mirar hacia la derecha cuando llegara a su altura. Aún estaba pensando qué hacer cuando Antonio, presa del pánico al escuchar la voz del hombre, salió de su escondite y olvidando todo sigilo echó a correr como un galgo hacia la verja de salida.

—¡Eh! —exclamó el otro. Enfocó hacia Antonio con la linterna, y al ver al muchacho corriendo se lanzó en su persecución.

Dana no se dio tiempo para pensar. Cuando el hombre del gorro negro llegó a la altura de su pasillo, se abalanzó contra él y lo empujó con todas sus fuerzas. El sujeto, que tenía la mirada fija en Antonio, dio un grito de sorpresa y perdió el equilibrio.

—¡Corre! —le gritó Dana a Jezabel, agarrándola del brazo.

Las dos chicas esprintaron con todas sus fuerzas hacia la verja detrás de Antonio, que ya les llevaba una buena ventaja. El hombre de la gabardina salió del pasillo donde estaba y miró con asombro a su compañero, que se estaba levantando entre maldiciones, y a las tres figuras que corrían hacia la verja.

—¡Atrápalos! —gritó.

El hombre de negro metió la mano bajo su cazadora, sacó una pistola y echó a correr tras los tres fugitivos.

Al llegar a la verja, Dana vio que Pablo y Claudia aún estaban allí.

—¡Al coche! —oyó gritar a Antonio.

Los cinco corrieron hasta el vehículo. Pablo abrió las puertas y se metió en el asiento del conductor. En ese momento, Dana cayó en la cuenta de algo.

—¡No des las luces! —exclamó—. ¡Si las enciendes, iluminarás la matrícula!

Antonio se metió de un salto en el asiento del copiloto mientras las tres chicas se abalanzaban a la parte de atrás. El coche salió de su aparcamiento, chirriando, justo cuando el hombre que los perseguía atravesó la verja. Al girarse, Dana vio que sostenía un arma y apuntaba hacia ellos.

—¡Agachaos! —gritó, empujando a sus dos amigas.

Se oyó un estampido seco. La luna trasera se agrietó, y la bala que la había atravesado impactó en la delantera, dibujando una telaraña de rajaduras sobre su superficie. Las tres chicas gritaron mientras Pablo, frenético, metía segunda y pisaba el acelerador. Los neumáticos rechinaron en el camino de tierra.

Un segundo disparo hizo estallar el cristal trasero. Dana se cubrió la cara con las manos, tratando de protegerse de la lluvia de fragmentos que le cayó encima.

—¡No veo nada! —aulló Pablo, histérico.

Antonio cogió una botella de *whisky* vacía y rompió la luna delantera a la altura de Pablo para que este recobrara la visibilidad. El coche llegó a la esquina y la dobló a toda velocidad. Dana oyó tras ellos un tercer disparo que no los alcanzó.

Durante varios minutos ninguno de ellos dijo nada. Pablo encendió las luces en cuanto doblaron la esquina y se limitó a conducir lo más rápido que pudo, teniendo en cuenta que ya no tenía luna delantera y el viento le azotaba el rostro. Miró varias veces por los retrovisores, pero el

todoterreno negro no los seguía. Siguió conduciendo sin parar hasta que se hubieron alejado del cementerio y pudo detenerse en un callejón.

—¡Joder! —gritó, moviendo las piernas para sacudirse los cristales—. ¡Mierda! ¡Mis lunas! ¡Están destrozadas!

—¿A quién le importan las putas lunas? —chilló Claudia—. ¡Nos han disparado! ¡Casi nos matan!

Pablo no dio muestras de haberla escuchado. Se giró hacia Antonio.

—¡Todo esto es culpa tuya, imbécil! ¿Por qué coño te tenías que meter en el cementerio?

—¿Yo? —gritó Antonio, indignado—. ¡La que se empeñó en ir a echar un vistazo fue ella! —Señaló a Dana con el dedo.

—¡Vete a la mierda, gilipollas! —le gritó ella, airada—. ¡Yo me quedé en la puerta, tú fuiste el primero en entrar! ¡Y además eras tú quien estaba cagado de miedo y pisó las flores secas! ¡Nos delataste a todos!

—¡Vale ya, joder! —exclamó Jezabel—. ¡Callaos de una vez!

—¡No quiero callarme! —gritó Pablo—. ¡Nos han disparado! ¿Qué coño era eso, la puta mafia?

—Estaban robando cadáveres —respondió Jezabel con voz temblorosa—. Lo vimos.

Claudia se echó a llorar.

—¿Dónde nos hemos metido? —gimió—. ¡Tenemos que ir a la Policía!

—¡Y una mierda! —exclamó Pablo—. ¡Yo no pienso ir a la Policía! Esos tipos estaban... estaban robando muertos, y llevaban una pistola. Yo paso de meterme en líos con la mafia.

—¿Y a ti quién te dice que eran de la mafia? —preguntó Antonio—. A mí no me parece muy mafioso eso de saquear tumbas.

—¡Yo qué coño sé! Igual el cadáver estaba relleno de bolsas de cocaína. Me importa una mierda por qué lo estaban robando; yo no pienso meterme en esto.

—¿Y qué hay de los cristales de tu coche? —inquirió Dana—. Cogí la matrícula del todoterreno, podemos...

—El coche está asegurado —la interrumpió Pablo—. Les diré a mis padres que unos gamberros me lo rompieron. ¡Pero no pienso volver a ese cementerio, ni hablar con nadie, ni meterme en líos! ¡Por mí pueden robar todos los cadáveres que les dé la gana; no quiero tener nada que ver con eso!

—Me da igual lo que pienses —insistió Dana con firmeza—. Yo pienso denunciarlos. Han saqueado tumbas y nos han disparado. ¡Han intentado matarnos!

—¡No! ¡No lo harás!

—¿Y cómo piensas impedírmelo? —preguntó ella, desafiante—. ¿Es que no te das cuenta? ¡Joder, Pablo, ahora mismo podrías estar muerto! ¿Cómo vas a dejar que se marchen de rositas?

—¿De verdad te crees que van a pillarlos? ¡Son profesionales!

—¡Serán profesionales, pero yo tengo su matrícula! ¡Ese coche tiene que estar registrado a nombre de alguien!

—¡Ya, pero ellos tienen la mía! —Pablo estaba cada vez más acalorado—. ¡Tú denuncias y a quien joden es a mí! ¡No sé a nombre de quién estará su coche, pero este está al mío!

—¡Por el amor de Dios, Pablo, no pudieron verla porque no diste las luces! ¿Por qué no dejas de comportarte como un cobarde?

—¡No te metas con él! —intervino Claudia, enfadada.

—¡Bueno, ya vale! —exclamó Jezabel—. ¡Ya está! ¡Estoy harta! —Abrió la portezuela trasera—. Vosotros cuatro haced lo que os dé la gana, pasaos toda la noche gritando si queréis. Yo me voy a comisaría. Si Pablo no quiere ir, cogeré un taxi. Dana tiene razón; han estado a punto de matarnos, y encima han profanado un lugar sagrado y robado un cadáver. Voy a denunciarlos.

—Voy contigo —dijo Dana con resolución, y se bajó del coche.

—Y yo —añadió Antonio, que se había calmado un poco y volvía a estar en su papel de apoyar a Dana.

—¡Joder, tío! ¿Tú también? —protestó Pablo a gritos—. ¡No me hagas esto!

—Haz lo que quieras —le dijo Dana, que por una vez en su vida se alegraba de que el pesado de Antonio se sintiera atraído por ella—. Pero me gustaría saber qué le vas a decir a la Policía cuando te pregunten por qué no quisiste denunciar.

Pablo la miró, rojo de ira, y apretó los dientes.

—Está bien —masculló—. Subid al coche, iremos a la comisaría de la Alameda.

—¿Seguro? —preguntó Jezabel con escepticismo.

—¡Subid al puto coche! —exclamó Pablo, exasperado—. Ya que vais a joderme, al menos estaré delante para pedir protección policial. Venga, vamos.

Aquella madrugada, cuando Dana regresó a casa, su madre la esperaba despierta.

—¿Dónde estabas? —le increpó—. ¿Te parece que son horas de llegar? ¿Por qué no contestabas al móvil?

Dana se preguntó si debía contestar que la razón por la que no había cogido el teléfono era que había estado ocupada respondiendo a las preguntas de la Policía, pero decidió callar. Si le contaba a su madre lo que había sucedido, se pondría nerviosísima y la avasallaría a preguntas, y lo único que Dana deseaba en aquel momento era irse a dormir. Podía contárselo por la mañana. Pidió disculpas y se fue a la cama.

Mientras se desnudaba para acostarse, lo sucedido aquella noche daba vueltas sin cesar en su mente. El policía que los recibió en comisaría los

escuchó con atención y les hizo decenas de preguntas. ¿Podían describir el todoterreno? ¿A los hombres que lo ocupaban? ¿Recordaban qué lápidas habían abierto? ¿El nombre de los difuntos? ¿Cómo iban vestidos los hombres? ¿Habían hablado? ¿Parecían extranjeros? ¿Qué hacían ellos a esas horas de la noche al lado del cementerio?

Cuando terminaron de contar todo lo que sabían, les dejaron marchar, aunque se quedaron con el coche de Pablo.

—¿Qué van a hacer con él? —preguntó el chico, nervioso—. Me lo devolverán, ¿no?

—Claro que te lo devolveremos —le tranquilizó el agente—. Pero es necesario que los de Policía Científica lo examinen. Tendremos que llamar a los de balística para ver si encontramos restos de los proyectiles en el coche o junto al cementerio. Te avisaremos cuando puedas pasar a recogerlo.

Pablo no pareció contento con aquello, pero no dijo nada más. El agente que les había tomado la denuncia les pidió que se mantuvieran localizables; quizás tuvieran que prestar declaración de nuevo en comisaría o ante el juez que instruyera el caso.

Dana, a su pesar, se había sentido inquieta al escuchar aquellas palabras. ¿Y si al final todo aquello no tenía nada de sobrenatural? ¿Y si eran simples delincuentes organizados y se veían en problemas por haberles denunciado? Sin embargo, ahora, mientras se ponía el pijama y se lavaba los dientes, estaba demasiada cansada para preocuparse. Tras el bajón de adrenalina, lo único que sentía era sueño y un deseo irresistible de meterse en la cama y dejar de pensar. Un minuto después de apoyar la cabeza en la almohada, estaba dormida.

Estaba de nuevo en la mansión de su abuelo, y era de noche. Los muros de la casa se erguían como una montaña, iluminados por la débil luz de la luna creciente. El silencio era absoluto, solo se oía el murmullo de los árboles y setos del jardín al ser mecidos por el viento nocturno. Un suave rumor venía del mar. La casa estaba igual que cuando el abuelo vivía: los muebles relucientes y las lámparas encendidas, creando un ambiente agradable y cálido.

Dana volvía a ser una niña. Llevaba el mismo pijama de verano color lila con nubes blancas que tanto le gustaba cuando tenía nueve años y estaba recostada en la cama de su habitación, con las sábanas de hilo blanco cubriéndola hasta el pecho. El cuarto estaba como ella lo recordaba: la lamparita decorada con lunas y estrellas, las cortinas estampadas con barquitos rojos, los muebles de madera pintados de blanco. No se hallaba sola; sentado en la cama, junto a ella, Ricardo Valero la miraba y sonreía con aquella expresión cariñosa que reservaba sólo para ella. Había en él algo diferente, sin embargo; algo distinto, aunque Dana no habría sabido decir qué era.

Aun así, no le importaba. Todas las noches, antes de dormir, su abuelo le contaba una historia. Luego la arropaba, le deseaba buenas noches y

la besaba en la frente, y ella se dormía feliz. Sabía que había llegado el momento de escuchar el cuento.

—Hace mucho, mucho tiempo; hace más años de los que puedes contar, vivía en Egipto un héroe tan grandioso que todo el mundo lo admiraba —comenzó Ricardo. Dana sonrió. Conocía la historia; era su favorita—. Era un valiente guerrero y un poderoso mago, y todos lo llamaban Hermes, mensajero de los dioses, pues en aquellos tiempos griegos y egipcios gobernaban juntos las tierras del Nilo. Sin embargo, aunque todos lo querían, el héroe estaba triste, porque veía que las gentes del mundo sufrían y morían sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Así que un día entró en el templo sagrado, y durante mil días con sus mil noches pensó, pensó y pensó. Tanto pensaba, ¡que perdió todo el pelo de aquí! —Revolvió el rubio cabello de su nieta en la coronilla y ella rio, encantada—. Después de tanto pensar, se le ocurrió una solución. Crearía un objeto mágico que contendría el poder de los dioses, capaz de impedir que hubiera más sufrimiento y que las personas murieran. Pero para ello, necesitaría extraños ingredientes mágicos que solo se encontraban en tierras lejanas.

En ese momento, Dana se dio cuenta de qué había diferente en el aspecto de su abuelo. Sobre su pecho se balanceaba una cadena de oro de la que pendía una mariposa enjorada. Atraída por la belleza del colgante, Dana alargó la mano para tocarla. La pedrería multicolor de la joya emitió un débil resplandor. Ricardo siguió hablando, desgranando la historia con su voz pausada y grave.

—Así que Hermes se despidió de sus amigos, colgó alforjas a lomos de su caballo y cabalgó, cabalgó, cabalgó...

Dana esperó. Pero su abuelo, en lugar de continuar como siempre hacía, la miró. La mariposa brillaba con más fuerza, como si contuviera una estrella prisionera en su interior.

—¿Hacia dónde cabalgó, Dana?

Ella lo miró confundida. Había escuchado el cuento tantas veces que sabía muy bien cómo terminaba aquella frase: “cabalgó hacia el horizonte, donde nacen las estrellas”. Pero cuando intentó pronunciarla en voz alta, se dio cuenta: no podía hablar.

La mariposa comenzó a moverse. Como si se hubiera transformado en una criatura viva salió volando del colgante y revoloteó en torno a ellos. Dana sintió una punzada de miedo en la boca del estómago. Volvió a mirar a Ricardo, que seguía observándola con ojos penetrantes.

—¿Hacia dónde cabalgó? —volvió a preguntar.

Dana abrió la boca, cada vez más asustada al darse cuenta de que las palabras habían huido de su garganta. ¿Acaso no se daba cuenta su abuelo de que era incapaz de hablar? ¿Por qué no la ayudaba?

La mariposa batió las alas más deprisa, como si fuera capaz de percibir su nerviosismo. El animalillo enjorado se alejó de ellos y revoloteó hacia

un destino definido: un espejo situado sobre la cómoda donde Dana guardaba sus libros y juguetes. El marco era de metal dorado, muy grueso y ornamentado, con diversas figuras y grabados en relieve.

—¿Hacia dónde cabalgó? —la voz de Ricardo se había vuelto más apremiante—. ¡Contéstame!

La mariposa se posó sobre un hueco entre dos relieves que correspondía a la perfección con su silueta, encajando las alas con suavidad. Entonces comenzó a girar y un segundo más tarde pareció que volaba hacia dentro del marco, desapareciendo por el hueco. Dana se preguntó a dónde había ido, pero no pudo seguir mirando porque su abuelo la agarró por los hombros, obligándola a fijar la vista en él.

—¡Dilo! —le ordenó, levantando la voz—. ¡Tienes que decirlo! ¿Hacia dónde cabalgó?

Dana abrió la boca para gritar, aunque sabía que ningún sonido saldría de ella. Los ojos verdes de Ricardo Valero brillaban ahora con un fulgor amarillo.

2



—¿Y a le has contado a tu madre lo de anoche? —preguntó Jezabel.

—Sí—contestó Dana, sujetando el teléfono inalámbrico con una mano mientras buscaba un libro en su estantería con la otra.

—¿Y bien?

—Se puso histérica.

—Ya. Como la mía. ¿Tu padre montó mucho escándalo?

—Se lo tomó con más calma, pero no mucha. Dijo que debería haberles llamado enseguida. Que habría querido ir conmigo a la comisaría. Me han dicho que si me vuelve a pasar algo así no espere al día siguiente para contárselo. —Localizó el libro que buscaba, una novela de Isaac Asimov que acababa de empezar a leer.

—¿No se sabe nada nuevo, no?

—No. ¿Cómo se va a saber en tan poco tiempo? Pierde cuidado, que cuando pase algo nos enteraremos.

—He llamado a Claudia para quedar, pero me ha dicho que ni hablar. Aún está asustada por lo del cementerio, y está enfadada con nosotras porque dice que obligamos a Pablo a denunciar y tiene miedo de que le ocurra algo.

Dana suspiró.

—No es la única que está inquieta. Si nos llaman para testificar, podríamos vernos en problemas todos. Pero teníamos que poner la denuncia, no se puede dejar pasar así como si nada.

—No, si yo estoy de acuerdo contigo. A mí no me lo tienes que explicar.

Se notaba que Jezabel estaba cansada de aquel tema, de modo que Dana cambió de tercio.

—Bueno, ya se le pasará. ¿A dónde pensabas ir? Como la llamabas para quedar...

—Ah, no sé, a relajarnos un poco. ¿Qué tal al cine?

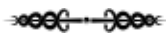
—El cine estará lleno hasta los topes. Hoy es domingo.

—Bueno, pues a dar una vuelta simplemente. No soporto estar encerrada entre estas cuatro paredes. ¿Qué te parece si nos vemos esta tarde?

Dana había pensado quedarse vegetando el resto del día con el libro en una mano y una taza de té en la otra, pero pensó que sería agradable tomar un poco el aire.

—De acuerdo.

A las cinco y media se reunió con Jezabel en el centro. Tomaron un refresco, estuvieron curioseando por la única librería que encontraron abierta y dieron una vuelta por los jardines del Turia. Dana no le contó nada acerca de la pesadilla que había sufrido; la atribuyó al cansancio y a la mala experiencia vivida en el cementerio. No obstante, aquella noche volvió a soñar lo mismo. La misma habitación, la misma historia, la misma desesperante incapacidad de hablar y la mariposa que volaba hacia el espejo. Se levantó inquieta, desayunó y se arregló a toda prisa para no llegar tarde a la universidad. Por fin había tomado una decisión: para el trabajo de final de curso elegiría la Egiptología.



Tras reunirse con su tutor y rellenar las instancias, Dana pasó el resto del día en la biblioteca de su facultad. Regresó a su hogar a la hora de cenar. Elisa estaba poniendo la mesa y le preguntó por el proyecto de fin de carrera.

—Egipto —respondió ella—. Misticismo y religión en el período helenístico. Es el tema que más me gusta.

Su madre no dijo nada. Su padre, en cambio, se rio.

—Cada día te pareces más a tu abuelo, hija —dijo mientras cogía los cucharones de un bol para servirse ensalada—. Todo el día disertando sobre civilizaciones antiguas; parecía que no le interesaba otra cosa.

Elisa se giró hacia la encimera sin hacer comentario alguno.

—¿Una pechuga o dos, Raúl? —preguntó, apagando el fuego de la sartén.

Dana cenó en silencio. Solo cuando estaban pelando la fruta se atrevió a hacerle una pregunta a su madre.

—Mamá, ¿por casualidad la abuela no tendría un colgantito en forma de mariposa?

Elisa levantó la mirada, sorprendida.

—Pues sí. Se lo regalamos tu tío Carlos y yo cuando cumplió sesenta años. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me parecía recordarlo, pero no estaba segura. Como yo era tan pequeña...

—Ya me extraña que lo recuerdes, ya —dijo su padre—. No tenías ni cinco años cuando sufrió aquel derrame cerebral.

—Recuerdo algunas cosas —repuso Dana, sin mentir—. Me acuerdo de que me cogía en brazos y era muy cariñosa. Siempre me daba galletas que guardaba en una caja de latón azul. Y era guapa; se parecía mucho a mamá.

Elisa sonrió a su hija.

—Tú también te pareces mucho a ella, Dana. Más aún que yo. Ojalá hubieras podido conocerla más; era toda dulzura. —Su sonrisa fluctuó y se marchitó—. No como mi padre.

Esa noche, el sueño de la mariposa volvió a repetirse, idéntico hasta el más mínimo detalle. Cuando despertó, Dana saltó de la cama con un firme propósito: averiguar si entre las joyas que guardaba su madre estaba el broche de la mariposa. Por lo que recordaba, tras la muerte de los abuelos el tío Carlos se había llevado casi todas las pertenencias de su padre y un buen montón de libros, pero había sido Elisa quien se había quedado con las joyas de su madre.

Sus padres se habían ido a trabajar y no volverían hasta mediodía, así que Dana estaba sola. Fue al armario de la plancha y apartó varias sábanas y ropa de invierno para sacar una caja de color oscuro que se abría con una combinación, cuyo interior estaba dividido en compartimentos. El primero contenía un collar de perlas y otro de oro con brillantes engarzados, ambos de su madre. En el segundo estaban sus joyas del bautizo y de la comunión, además de unos pendientes de oro blanco con zafiros que sus padres le habían regalado en su decimotavo cumpleaños. Abrió el tercero. Dentro había varias pulseras con gemas incrustadas, dos anillos, un juego de pendientes... y un colgante de pedrería en forma de mariposa. Con dedos vacilantes, alargó la mano y cogió el collar. Era el mismo, no cabía duda; las mismas alas, las mismas gemas rojas, azules y verdes, las mismas antenas curvadas. Igual que en el sueño...

Un chirrido estridente rompió el silencio que la rodeaba. Dana se sobresaltó y estuvo a punto de soltar la caja. Al cabo de un segundo, se dio cuenta de que aquel ruido era el sonido del teléfono. Con el corazón latiendo enloquecido a causa del susto, fue a toda prisa al salón y descolgó. Era un policía distinto al que les había tomado declaración la semana anterior. Tenía que hacerle unas preguntas, y le rogaba que acudiera a la comisaría en cuanto fuera posible. Su tono era amable, pero Dana notó en la voz del agente una nota de frialdad que no le gustó.

—Voy ahora mismo —dijo.

Antes de salir, se guardó el colgante de la mariposa en el bolso y devolvió a su sitio la caja de las joyas. Cuando llegó a la comisaría, un agente de paisano la recibió con semblante serio.

—Venga conmigo, por favor. Tenemos que hablar con usted.

Dana, inquieta, le siguió. Cuando el oficial cerró la puerta a sus espaldas, se encaró con ella.

—Dígame, señorita Jiménez, ¿está segura de que las tumbas que vio expoliar eran las que nos dijo?

La pregunta pilló por sorpresa a la joven.

—Sí, estoy segura.

—¿De verdad?

—Bueno... —Dana empezó a dudar—. Creo que sí.

—¿Cree? —ladró el policía—. ¿Entonces, podría haberse equivocado?

—Bueno, no lo creo. Las vi con toda claridad, incluso conté los nichos. Estoy segura de que no me equivoqué, se lo prometo.

El agente se pasó una mano por el cabello, ceñudo.

—Entonces, no lo entiendo.

—¿Por qué me pregunta eso? —inquirió Dana—. ¿Qué ha sucedido?

—Los nichos estaban intactos.

Dana se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? —exclamó asombrada—. Pero... no es posible. ¡Yo vi cómo robaban los cuerpos! ¡Lo vil! ¡Se los llevaron y volvieron a poner las lápidas!

—No han sido quebradas ni manipuladas —insistió el oficial—. Los operarios del cementerio nos juraron que las inscripciones eran las mismas que ellos habían grabado sobre el yeso fresco, de su puño y letra. Se lo volveré a preguntar otra vez, ¿está segura de que esas eran las tumbas que profanaron?

—¡Por favor, escúcheme! —exclamó Dana, sintiendo el sabor amargo del miedo en la garganta—. ¡No sé lo que ha pasado, pero estoy segura de que eran esas! ¡No había más nichos recientes en aquel pasillo; no puedo haberme equivocado!

El policía la miró con seriedad.

—Sus amigos dicen lo mismo —dijo finalmente—. Al menos, los que estaban con usted. Hemos examinado el coche en el que dicen que huyeron y los análisis han demostrado que los cristales fueron atravesados por balas, aunque no hemos encontrado los proyectiles ni los casquillos. A decir verdad, no hay nada que apoye su historia excepto los disparos que sufrió el coche.

Dana se desesperó.

—¿Cree usted que tengo pinta de ser una gamberra que va molestando a la Policía con tonterías?

—Bueno, estaba usted bebiendo alcohol en el camposanto. Eso no demuestra mucho civismo por su parte.

—Estábamos cerca de la valla, no dentro. Las únicas veces que he entrado ha sido a plena luz del día, por la puerta, para visitar la tumba de mis abuelos. Jamás me colaría de noche en un cementerio, y le juro que les he contado toda la verdad.

El agente hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Está bien —dijo—. En cuanto firme su nueva declaración, puede irse. Es posible que volvamos a requerirla, de modo que siga localizable.

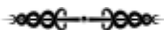
Dana hizo una última pregunta antes de marcharse.

—¿Y la matrícula que les di? ¿Tampoco ha dado resultado?

El policía levantó la vista.

—No se ofenda, señorita Jiménez, pero creo que tal vez debería de pensar en graduarse la vista. Esa matrícula no aparece registrada en ninguna parte. No existe.

Dana salió de la comisaría confusa y abochornada. Pero cuando metió la mano en el bolso para sacar el bonometro, los dedos rozaron el colgante de la mariposa y su rostro se llenó de determinación.



El viaje en coche hasta Gandía duró una hora y media. Había dejado una nota a su madre en el imán de la nevera diciéndole que se quedaría a comer en la universidad y que no la esperase hasta la cena. Dana solo se detuvo en un bar del pueblo para comprar un bocadillo y comérselo a toda prisa antes de continuar hasta su destino: la mansión de Ricardo Valero.

Aparcó junto a la verja de entrada y bajó del coche. La mansión se alzaba entre las matas crecidas de un jardín descuidado, cerrada mientras la familia buscaba un comprador. Su tío Carlos aún era el propietario, pero apenas la pisaba; trabajaba y vivía en Praga, y cuando viajaba a Valencia para ver a la familia se hospedaba en casa de su hermana Elisa.

Dana traspasó la verja y abrió la puerta de la mansión. Le bastó echar un vistazo para comprobar que el aspecto del interior no tenía nada que ver con el de su sueño. La casa estaba oscura, con las persianas bajadas y todo el mobiliario cubierto con sábanas. Oía a polvo y a cerrado. Dana subió las persianas y observó el recibidor sintiendo una punzada de dolor. Aquel lugar había sido el hogar de su abuelo, y ahora estaba vacío, solo y olvidado. Subió al primer piso dejando ligeras huellas en el polvo que se acumulaba sobre los escalones, y se dirigió a la habitación donde dormía cuando era niña. La sangre le palpitaba con fuerza en las sienes. Entró en el dormitorio, encendió la luz... y una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

La habitación presentaba el mismo aspecto que el resto de la casa: las ventanas cerradas, las persianas bajadas y los muebles cubiertos por sábanas. Sin embargo, había algo que no estaba cubierto: el espejo dorado. De súbito, se le erizó el vello de la nuca y tuvo la terrible sensación de que había alguien, o algo, detrás de ella. Se giró con un sobresalto.

No había nadie.

«Intenta no ponerte histérica, ¿vale?».

Despacio, se acercó a la ventana y subió la persiana. La luz del día penetró a raudales, devolviendo a la habitación su aspecto inofensivo de antaño. Dana respiró hondo para sosegar los latidos de su corazón y sacó el colgante del bolso. La mariposa parecía totalmente normal, pequeña e

inofensiva. Lo único que brillaba en ella eran los destellos dorados que arrancaba la luz de sol.

Agarrándola con tanta fuerza que comenzaron a dolerle los nudillos, Dana se acercó al espejo. Le devolvió la mirada su propia imagen, pálida y con los ojos muy abiertos. Forzó una sonrisa.

«No seas cobardica. Has estado decenas de veces en esta habitación, en esta casa. Es de día, estás sola, no pasa nada. No hay ningún motivo para tener miedo».

Aquello consiguió tranquilizarla un poco, aunque una parte de ella, menos racional y más atávica, sabía que si *algo* aparecía en ese momento en el espejo echaría a correr lanzando alaridos, y no habría fuerza humana capaz de hacerla entrar de nuevo en la mansión.

Se forzó a apartar la vista de su reflejo y escudriñó el marco hasta encontrar el hueco donde se suponía que la mariposa encajaba. Lo localizó y colocó encima la joya. Encajó a la perfección, pero no sucedió nada. Entonces, Dana recordó que en el sueño la mariposa giraba hacia la derecha y luego parecía volar hacia el interior del marco. Probó a hacer lo mismo; hizo girar el broche, apretó los dedos hacia dentro y notó cómo la mariposa se hundía bajo la presión.

Un leve chirrido llamó su atención. Se giró y vio asombrada que una de las baldosas del suelo comenzaba a emerger, empujada por algo. Conteniendo la respiración, Dana mantuvo la mirada fija en aquel objeto: se trataba de una especie de caja fuerte; la más extraña que había visto en su vida. Era de metal oscuro y estaba cubierta de arriba abajo con símbolos extraños y joyas incrustadas. Excepto en la parte superior, que estaba cubierta por la baldosa, no había un recodo sin grabar. Tampoco parecía tener puerta o bisagra alguna, y no había ni rastro de ruedecillas o paneles en los que se pudiera marcar una combinación. Durante unos instantes, Dana la miró desconcertada.

«Y ahora, ¿cómo la abro?».

Su primer impulso fue acercarse y examinarla con las manos, pero algo la frenó. En lugar de ello, recordó las palabras que su abuelo le había repetido durante el sueño.

“¿Hacia dónde cabalgó? Dilo, Dana. ¡Dilo!”.

Era imposible. Por supuesto que era imposible. Pero en aquel momento, en aquel lugar, los límites entre lo posible y lo imposible se habían borrado. Por un terrible instante Dana tuvo miedo de que la pesadilla se hiciera realidad y se hubiese quedado sin voz, sin embargo cuando habló sus palabras resonaron en la habitación, temblorosas pero claras.

—Hacia el horizonte, donde nacen las estrellas.

La caja emitió un suave chasquido y su pared central se abrió en dos como una pequeña puerta.

«Era real. Mi sueño era real».

Con manos temblorosas se agachó y tanteó en el interior de la caja. Estaba casi vacía, a excepción de una gruesa carpeta azul. Al sacarla, Dana se dio cuenta de que la goma del cierre superior sujetaba un pequeño rectángulo blanco. Lo examinó; era una tarjeta comercial impresa.

MERCURIO S.L. COMPRAVENTA DE LIBROS ANTIGUOS

Ricardo Valero Gisbert, director.

Lucas Valverde Otero, comercial.

Joan Benet Martí, restaurador.

Cada nombre tenía al lado un número de teléfono. Dana le dio la vuelta a la tarjeta, pero por detrás estaba en blanco. Volvió a leer los nombres. Ricardo Valero era su abuelo, pero, ¿quiénes eran Lucas Valverde y Joan Benet? Dana estaba segura de que nunca había oído hablar de ellos. Al parecer, su abuelo había montado una empresa y aquellos dos hombres habían sido sus empleados o sus socios. Pero ¿por qué estaba allí la tarjeta? ¿Pretendía su abuelo que se pusiera en contacto con alguno de ellos?

Se guardó la tarjeta en el bolsillo y abrió la carpeta. Dentro había un grueso fajo de hojas protegidas por cubiertas de plástico. Los papeles eran antiguos, de color amarillento y una textura semejante al pergamino. Había anotaciones escritas con una letra pequeña y apretada en un idioma que parecía latín; a Dana le resultaron imposibles de leer con sus básicos conocimientos de paleografía. La mayor parte de las hojas mostraban, además del texto, unos extraños dibujos que le recordaron vagamente a las máquinas que diseñaba Leonardo da Vinci. Escrutó hoja por hoja con la esperanza de encontrar algo que resultara comprensible, pero fue en vano. Aquellos papeles no estaban destinados a ella. Eran para que los encontrara, no para que los leyera. Se sacó la tarjeta del bolsillo y volvió a mirarla.

“Lucas Valverde. Joan Benet”.

Era evidente que su abuelo quería que entregase los documentos a una de esas personas, quienesquiera que fuesen. ¿A cuál de los dos debía buscar primero?

Al parecer, Lucas Valverde era el comercial de ventas, mientras que Joan Benet era el restaurador. Se dijo que sería mejor tratar de localizar primero al restaurador; sin duda, él sabría mejor cómo tratar los papeles para su correcta conservación, y lo que aún era más interesante, tal vez podría explicarle qué significaban los dibujos.

Volvió a meter los documentos dentro de la carpeta y cerró la caja fuerte. Al instante esta volvió a introducirse lentamente en el suelo, y poco después la baldosa se cerró. Luego un tintineo en el suelo le hizo saber que el hueco donde encajaba la mariposa había vuelto a su posición original, dejando caer la joya.

Dana se puso en pie, con la carpeta, la tarjeta y el colgante bien sujetos en sus manos. Miró de nuevo el espejo.

—¿Aún estás aquí? —preguntó en un susurro.

No recibió respuesta, pero ignoraba si él la estaba escuchando aunque no pudiera responder. ¿Era su abuelo quien le había hablado en sueños? ¿Era él, en verdad?

—Si estás aquí, quiero que sepas que te quiero —dijo.

Nada sucedió. Dana salió de la habitación cerrando la puerta a sus espaldas y, tras bajar todas las persianas que había subido, abandonó la mansión. Soplaban un viento suave y cálido, el cielo era azul y el sol brillaba. Todo era tan normal que parecía fuera de lugar. Antes de entrar en el coche, la joven se giró para contemplar la mansión por última vez. Vacía de nuevo, oscura y solitaria.

Cuando volvió a casa ya estaba avanzada la tarde. Lo primero que hizo al llegar fue sacar la tarjeta y llamar al número de teléfono que aparecía junto al nombre de Joan Benet Martí. Al segundo timbrado, alguien contestó.

—¿Dígame?

Parecía la voz de un hombre maduro.

—Por favor, ¿está Joan Benet?

—¿De parte de quién?

—Me llamo Dana Jiménez. Soy la nieta de Ricardo Valero y me gustaría hablar con él.

—Espere un momento, por favor.

Al cabo de medio minuto, Dana volvió a oír la voz del hombre.

—El señor está ocupado en estos momentos, pero si lo desea podrá recibirla mañana. ¿Le viene bien a las seis de la tarde?

—Sí.

—Muy bien, ¿quiere que le dé la dirección?

Cuando Dana colgó, su corazón latía a mil por hora. Al día siguiente vería al señor Benet. Tal vez él podría explicarle qué era lo que se traía entre manos su abuelo antes de morir, y por qué había tenido aquellos extraños sueños.